

Sombras y apariciones

Roberto Bolaño fue un caso literario y un escritor excepcional. Comenzó en la marginalidad, en la oscuridad, en una poesía difícil, y se convirtió en un escritor y novelista central; quizás el más destacado de su generación, sin duda el más original, el más infrecuente. Me encontré con él algunas veces y estuvimos en su par de ocasiones, en Barcelona y en París, sentados en la misma mesa de conferencias. Era un hombre que ponía reservas y cortapiés, que discrepaba, que no lo aceptaba todo de buenas a primeras, y esa actitud, suya, esa *naturalidad*, mejor dicho, me parecía muchas veces envolvente. Era un principio de rechazo de complacencias y lugares comunes y le daba una indudable libertad, una frescura de la visión. A hora no sé si sabía que estaba enfermo, coqueto o, y si ese conocimiento condicionaba su conducta. Todas estas consideraciones, pero saberlo en detalle, con precisión médica, provoca una conciencia diferente, una lucidez sorprendente. El tenía este tipo de lucidez.

En la literatura latinoamericana reciente formada parte de la familia de Jorge Luis Borges y de Nicanor Parra, entre otros célebres. Era un escritor ceñido y para escritores, como Borges, y era, en segundón de Parra, un anticonformista y antimaterialista. Sus textos narrativos ponían la narración entre paréntesis, ponían la ficción en silencio, y a la vez creaban un suspense, pero que no se basaba tanto en los hechos sino en la posibilidad misma de la escritura. El asció a un precursor literario desaparecido se transformaría en la gran aventura, en el gran misterio o novela, digno de una trama del género policial. Por eso digo que fue de estipe borgiano, y lo fue en un doble sentido: del alegre y el sombrío, el de la cábala y la narración de detectives. La Hacienda me incitó a presentar su novela *Faro detras de la selva* allá por los primeros meses de 1999. Para mi desgracia, en un alarde de sinceridad quizá innecesaria, cogí que me faltaba conciencia propia para terminar esa novela de más de sesenta páginas. El se fío, las tiró a la cubeta y se encogió amargamente de ser presentado por una persona que "no había leído" su libro. De todos modos, tomó la lectura esa noche y escribió encantado que no me arrepentí de haber escrito. El difícil Bolaño, a pesar de las apariencias, tenía una cordialidad secreta, brumosa. En la Casa de América Latina de París, en una mesa redonda de hace alrededor de un año, presentábamos novelas breves extranjeras, editadas por sella canadiense francófona especializada en "novelas en miniatura", en compañía de una escritora mexicana. Bolaño dijo que le costaba mucho hablar de una obra suya y ofreció presentar el cuento la novela mía. Nuestra colega mexicana, no se sabe exactamente por qué, entró en un estado de súbita indignación. Uno de los personajes de la historia de Bolaño era una mexicana y nuestra compañera de mesa lo acusó en público, con irritante furia, de toda clase de deformaciones y traidores. La mesa trastocó en una confusión muy divertida, con el público riéndose y carcajadas. Bolaño después tuvo la mayor crítica de Francia y se puso a ser felíce en todas partes. Pero tenía mal color y una especie de resignación de esperada. Tenía mal diagnóstico. Aunque me entregó detalles de su enfermedad, y el asunto me dio mucha pena.

Propuse su nombre para el Premio Nacional de Literatura del año pasado y pensaron aquí en Chile que era una propuesta extravagante o pronosticadora. Somos el país de la trivialidad literaria, del conservadurismo crítico,



No se puede dar premios a los que ya tuvieron algún premio, a los jóvenes, a los que no hacen giro social ni racial, a los exiliados o asentados. Bolaño, además de ser el mejor candidato de hoy, no era tan joven, pero sobre la constante criolla y universal de los temas, de las historias de espera. Bolaño tiene la buena costumbre, en general, de no caer en aguinaldos. Desconfiaba de los premios tanto como desconfiaba del Viejo. Pensaba, a pesar de que en una etapa de su vida había vivido de un recurso extraordinario: mandando manuscritos a todos los congresos españoles de provincias y recogiendo ocasionales galardones por todas partes. Era un anónimo escritor y al mismo tiempo, hasta cierto punto, por necesidad, un personaje de la pirotecnia. Aquí descubrió un entorno que suyo con tradiciones más antiguas, con la del Bosque o la de Lazarillo de Tormes. En algún sentido, la prisión insinuaba, aspira, tiene de humor negro de Belafonte no estaba demasiado lejos de la don Francisco Quevedo. Era más concepción que barroco, más que de uno que se seguía de él.

Leyendo *Faro*. Y en alguna parte, como digo, estaba la sombra de Borges o la encajada en escatología de Nicanor Parra.

Lo último que leí de Bolaño son *Plano económico*, textos publicados en revistas y no reconocidos aún, que yo sé, en forma de libro. Son narraciones provocativas, de pura imaginación, de una conciencia por momentos desapilante. Me hicieron pensar, en una asociación suelta de ideas, en relatos verbales de Nicanor Parra sobre un personaje que habría insertado hace veinte o treinta años, el autor. Esta es una malavida, pero de una hipótesis perfecta y que aspiraba a proyectar una imagen de niño loco, *infuso de sueño*. En estos dos cuertos católicos, escritos en situaciones o páginas numeradas, como algunos textos filosóficos de Wittgenstein, me encontré con lo siguiente: "... A veces hincó la cabeza en las manos y escuchó a las ratas que corrían por las guarnes. San Vicente, dame fuerzas. San Vicente, dame templanza". ¿"Tú quieres ser santo?", me dijo la madre de Juanito hace dos años. Si señora. Me parece muy buena idea, pero tienes que ser muy bueno. ¿"Lo eres?" Procuró sonrío, señora..."

Esas Juanitos le dice el niño narrador que en la ciudad de donde viven, espacio ficticio, que parece arrancado de una evocación medieval de la gótica de Pieter Brueghel, hay un rincón del Moncayo donde se minoran las magias de su vida. El niño se separa de Juanito, se queda quieto bajo la nieve y, después, "bordeando las matas de la antigua fortaleza", se encuentra hacia el cerro. Sube por la acera de la sombra, para que no lo reconozcan. Punto se encuentra en una curva, frente a un paisaje de estrellas que parecen copos suspendidos, y está a punto de balarlo.

Bolaño tiene una visión: una sombra que no es una sombra, sino un escape y que parece un franciscano. Camina encima de la nieve, descalzo, y sus huellas punzantes reflejan como una escritura de Dios. El niño, o, si se quiere, el anónimo, llora de moción. Quizás, como lo sabrá hecho el personaje de Nicanor Parra, con lágrimas de exorcista. El mono camina a buen paso y el niño lo sigue lo mejor que puede. Llega a una estación de ferrocarril y ahora lleva zapatos bajo los tobillos: "delgados como cañas". Compra un billete y cuando el tren aparece, salta a uno de los vagones con asombrosa agilidad.

Creo que las mejores páginas de Roberto Bolaño van a quedar como expresiones de una fantasía abierta, descontrolada y a la vez controlada, que lo ponía todo en tela de juicio, pero que nunca daba el pretendido dar un mensaje concreto, aislado, interpretable o traducible a otros lenguajes. La vida de Bolaño se puzcó mucho, en definitiva tal vez en su mente, en fin..., paraclar a Stéphane Mallarmé, a su literatura. Las emociones con algo de sorpresa y alegra que no toca hacer el balance. A los quince años de edad, en la época de las rebeliones estudiantiles en el mundo y de la matanza de Tlatelolco, se fue a México. A comienzos de la década de los setenta regresó a Chile y parece que intentó defender a la Unidad Popular contra el golpe de Pinochet, gesto jesuita del que ni siquiera hablaba. Estuvo preso, consiguió escapar o salir con ayuda de algunos amigos y terminó en el claustro en el pueblo catalán de Blanes, en las ondulantes de Barcelona. Allí anotaba una novela-rie, 2666, sobre el tema de los asesinatos en serie de mujeres en la frontera de México con los Estados Unidos. Dijo en una entrevista que llevaba escritas "solo mil páginas", páginas que desde luego nos gustaría mucho poder leer. Será uno de los ejemplos, con frecuencia notables, de sinfonías o de ciclos inconclusos en la historia del arte. A propósito, sentí en algún momento, y lo sentí en escala menor, sin

falso de exagerar, que los paisajes urbanos de sus *Dos cuentos católicos* tenían una remota relación con los de *El casillero*, de Franz Kafka, otra novela inacabada, sin fin. Y el tema de la novela inédita, por otra parte, confirma que Bolaño perteneció al grupo de los escritores extranjeros que escribieron sobre México. El lo hizo desde *La defensa salvaje* y desde inicios de sus cuentos. Pertenece también a la categoría contemporánea, incomprendible, de los exiliados que están en el fondo y en cualquier lugar existiendo. A juzgar por sus deslizaciones finales, oscila entre la narración breve, de estructura rigurosa, y los engradios novelísticos más o menos monstruosos. Es una forma excepcional europea, como el Finnegans Wake, para citar el texto celebre y casi imposible de James Joyce, que tiene curiosas variantes en América Latina. Al comienzo decía que Roberto Bolaño fue un caso literario. Ahora, en resumidas cuentas, después de un interno de balance, me atrevo a agregar, ¡y qué caso!



Roberto Bolaño.

Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sombras y apariciones [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa